

medio de sincera reconciliación, como los votos del pueblo romano han reunido vuestras personas. Que os dirijan las mismas ideas, los mismos sentimientos al redactar la lista de los senadores, al hacer la revista de caballeros, al proceder al censo y al cerrar el lustro. Que francamente y desde el fondo de vuestro pecho pronunciéis las palabras solemnes en casi todos los actos de vuestra magistratura: «Que esta empresa redunde en ventaja y gloria de mi colega y mía.» Obrad de modo que queden convencidos vuestros conciudadanos de que deseáis realmente lo que pedís á los dioses. T. Tacio y Rómulo reinaron antiguamente en buena armonía en esta misma ciudad en medio de la cual habían formado sus ejércitos en batalla y combatido como enemigos. Los odios, las mismas guerras suelen tener término; muchas veces encarnizados enemigos se convierten en fieles aliados y hasta conciudadanos. Los albanos, después de la destrucción de Alba, fueron trasladados á Roma; los latinos y sabinos recibieron el derecho de ciudadanía. Conocida es la máxima que ha pasado á ser proverbio á causa de su verdad, que las amistades deben ser inmortales y los odios pasajeros. Oyóse murmullo de aprobación, y muy pronto mil voces que se confundían en una sola interrumpieron al orador y repitieron el mismo ruego. Emilio habló de sus quejas contra Fulvio, diciendo, entre otras cosas, que dos voces le quitó el consulado cuando iba á conseguirlo. Fulvio replicó que su colega había sido constantemente el agresor y que había ofrecido caución por las calumnias con que había empeñado su honra. Sin embargo, los dos manifestaron que estaban prontos á acceder á los ruegos de tantos ilustres varones con tal de que el otro estuviese dispuesto á hacer lo mismo. Entonces, á instancias de los presentes, se dieron la mano, se comprometieron á deponer y abjurar franca-

mente su enemistad y fueron llevados al Capitolio en medio de unánimes aplausos. El Senado aprobó con gusto la honrosa intervención de los ciudadanos principales y la deferencia de los censores, tributando elogios á unos y á otros. Habiendo pedido en seguida los censores que se les concediese una cantidad para los gastos de los trabajos públicos, se les entregó el impuesto ordinario del año.

Aquel mismo año, los propretorios de España S. Postumio y Ti. Sempronio convinieron que Albino marchase por la Lusitania contra los vacenses, para regresar á la Celtiberia, si tomaba allí incremento la guerra, y que Graco penetrase en el fondo de la Celtiberia. Comenzó éste por tomar por asalto la ciudad de Manda á favor de una sorpresa nocturna; y después de recibir rehenes y poner guarnición en la ciudad, marchó á sitiar otras fortalezas y á quemar los campos hasta llegar á otra plaza fuerte que los celtíberos llaman Certima. Ya había comenzado los trabajos de sitio, cuando los habitantes le enviaron una legación, declarándole los bárbaros, con franqueza digna de los tiempos antiguos, que estaban decididos á defenderse, si contaban con fuerzas suficientes, pidiendo permiso para marchar al campamento de los celtíberos con objeto de obtener recursos, ofreciendo separar sus intereses de los del resto de la nación si se los negaban. Graco consintió en ello; partieron, pues, y pocos días después regresaron con otros diez legados. Era mediodía y lo primero que pidieron al pretor fué que mandase les diesen de beber. Después de vaciar las primeras copas, renovaron su petición entre las carcajadas de los romanos, que presenciaban aquella ruda ignorancia de todas las costumbres. Entonces tomó la palabra el más anciano, diciendo: «Venimos de parte de nuestros conciudadanos á preguntaros qué motivo os ha inspirado la audacia de atacarnos.» A esta



pregunta contestó Graco que había contado con el valor de su ejército, y que si querían examinarlo para dar á sus compatriotas datos más positivos, estaba dispuesto á satisfacerles. En seguida mandó á los tribunos militares que formasen todas las fuerzas de caballería é infantería, y que ejecutasen algunas maniobras. Después de las evoluciones despidió á los legados, que marcharon á disuadir á sus compatriotas de socorrer la ciudad sitiada. Inútil fué por tanto que los habitantes encendiesen por la noche en las torres las hogueras que habían convenido como señales: viéndose privados de toda esperanza de socorro, capitularon. Graco les exigió como contribución dos millones cuatrocientos mil sextercios y cuarenta caballeros de las familias principales, que no recibió á título de rehenes, puesto que los incorporó al ejército, pero que en realidad eran prendas de la fidelidad de sus conciudadanos.

Desde allí marchó sobre la ciudad de Alcea, cerca de la cual estaban acampados los celtíberos, que recientemente le habían enviado la legación. Después de haber hecho atacar durante algunos días sus parapetos por sus tropas ligeras y haberles hostigado con escaramuzas, aumentó poco á poco la fuerza del destacamento, con objeto de atraer todo el ejército enemigo fuera de sus empalizadas. Cuando vió que su plan había tenido éxito, mandó á los prefectos de los auxiliares que volviesen bruscamente la espalda en medio del combate, como si les abrumase el número, y que huyesen en desorden hacia el campamento. Entretanto se ocupaba él detrás de las empalizadas en disponer sus tropas en todas las puertas. Pronto vió que sus auxiliares se batían en retitada, según sus órdenes, y que detrás venían los bárbaros, impulsados por el ardor de la persecución. Allí les esperaba con su ejército formado en batalla; así fué que en cuanto dió á los suyos

tiempo suficiente para que entrasen en el campamento, lanzando los romanos un grito terrible, salieron por todas las puertas á la vez. Los enemigos no pudieron sostener aquel terrible ataque; habían venido para apoderarse del campamento romano, y ni siquiera pudieron defender el suyo. Al primer choque quedaron arrollados, puestos en derrota, rechazados hasta sus parapetos y en seguida obligados á abandonarlos. En aquel combate perdieron nueve mil hombres muertos, les hicieron trescientos veinte prisioneros y se apoderaron de ciento doce caballos y de treinta y siete enseñas. Los romanos solamente perdieron ciento nueve soldados.

Después de esta victoria llevó Graco las legiones á devastar la Celtiberia. La mayor parte de los pueblos se sometieron voluntariamente ó por terror, y en pocos días capitularon ciento tres plazas fuertes. El botín que recogió fué inmenso. En seguida retrocedió, presentóse de nuevo ante las murallas de Alcea y se decidió á sitiaria. Los habitantes rechazaron su primer ataque; pero viéndose amenazados por los asaltos y por los trabajos que hacían los romanos, desesperaron de resistir en la ciudad y se encerraron en la fortaleza. Poco después enviaron su sumisión y se entregaron con todos sus bienes á merced del vencedor. Sacóse de la ciudad rico botín é hicieronse muchos prisioneros distinguidos, entre ellos los dos hijos y la hija de Thurro, rey de aquella comarca y sin duda el más poderoso de todos los príncipes españoles. A la noticia de aquella desgracia, pidió un salvoconducto á Graco y se presentó en el campamento romano; donde comenzó por informarse si le concederían la vida y también á sus hijos, y habiéndoselo asegurado el pretor, añadió: «¿Se me permitirá servir en el ejército romano?» Y habiendo contestado Graco afirmativamente, dijo: «Me uniré con vosotros contra mis antiguos aliados, puesto que se han



negado á socorrerme.» Desde aquel día abrazó la causa de Roma y la sirvió en muchas circunstancias con tanto valor como fidelidad.

La noble y poderosa ciudad de Ergavica, asustada por las desgracias de todas las inmediatas, abrió en seguida sus puertas á los romanos. Según algunos historiadores, no eran sinceras todas aquellas sumisiones; en cuanto las legiones se retiraban de alguna comarca, estallaba en seguida la revuelta, y Graco tuvo que sostener con los celtíberos, cerca del monte Chauno, empeñado combate, que duró desde el amanecer hasta la hora sexta, resultando por una y otra parte considerable número de muertos. La única circunstancia que puede hacer creer que los romanos consiguieron la ventaja, es que á la mañana siguiente atacaron á los enemigos encerrados en sus empalizadas y emplearon todo el día en recoger despojos. Al tercero tuvo lugar una batalla mucho más sangrienta, y en ella quedaron completamente vencidos los celtíberos, siendo tomado y saqueado su campamento, muriendo veintidós mil de ellos; les hicieron más de trescientos prisioneros, se apoderaron de un número casi igual de caballos y de setenta y dos enseñas. Esta victoria fué decisiva, y los celtíberos ajustaron una paz verdadera y más sincera que antes. Según los mismos historiadores, en aquel verano consiguió en la España ulterior dos victorias L. Postumio sobre los vacenses, á los que mató cerca de treinta y cinco mil hombres y cuyo campamento forzó; pero es más verosímil que llegó tarde á su provincia para entrar en campaña aquel año.

Los censores hicieron con perfecto acuerdo la lista de senadores. Eligióse príncipe del Senado al mismo censor, y pontífice máximo á M. Emilio Lépidó, siendo excluidos solamente tres senadores pero Lépidó restableció en la lista algunos de los que había omitido su cole-

gato al dextro al HISTORIA ROMANA. HISTORICOS á obra 69 ga (1). Con el dinero que les habían concedido, y que se habían repartido, terminaron algunos trabajos. Lépidó construyó un dique cerca de Terracina, obra que se contempló con cierto disgusto, porque poseía tierras en las inmediaciones, y parecía que había empleado en provecho propio el dinero del Estado. Mandó blanquear el teatro inmediato al templo de Apolo y también su prosenio, el templo de Júpiter en el Capitolio y el peristilo que lo rodeaba. Hizo desaparecer del peristilo las estatuas que lo cubrían de un modo desagradable y quitar los escudos y enseñas militares de toda clase colgados allí. A M. Fulvio se debieron muchas más obras de verdadera utilidad; como el puerto del Tíber y las pilas de un puente, cuyas bóvedas construyeron algunos años después los censores Escipión el Africano y L. Minucio; una basílica construída detrás de las Platerías nuevas y el mercado de pescados, rodeándola de tiendas que vendió en provecho del Tesoro; un foro y un pórtico fuera de la puerta Trigemina, otro detrás del arsenal, y en fin, un templo á Apolo Médico, cerca del santuario de Hércules, detrás del de la Esperanza, en las orillas del Tíber. Tenían además los dos censores algún dinero que gastar en común, y lo emplearon en hacer construir acuedutos y canales, pero M. Licinio Craso interrumpió los trabajos negándose á permitir que se abriesen los conductos subterráneos en una propiedad suya. Establecieron varios impuestos y peajes, devolvieron al público y á las ceremonias del culto algunos santuarios que se habían apropiado particulares; cambiaron la forma de los sufragios y llamaron las tribus á votar por barrios según su rango, su profesión y la importancia de negocios de cada ciudadano.

(1). La sentencia de un censor solo no bastaba para expulsar del Senado á un senador ni para tachar á ningún ciudadano de los otros órdenes.



El censor M. Emilio pidió al Senado que le asignase también una cantidad para celebrar los juegos que debían acompañar á la dedicación de los templos de Juno Reina y de Diana, que ocho años antes votó durante la guerra de Liguria. Concedieronle veinte mil ases; y aquella doble dedicación se celebró en el circo de Flaminio: Emilio celebró también en aquel recinto los juegos escénicos durante tres días, después de la dedicación del templo de Juno, y durante dos días, después de la del de Diana. También hizo él en el Campo de Marte la dedicación de los dioses lares del mar, que once años antes había votado L. Emilio Regilo, en la batalla naval que libró con los legados de Antioco. Sobre las puertas del templo se había colocado una tabla con esta inscripción: «Para dirimir grave cuestión, someter los reyes, conquistar la paz, envió á L. Emilio, hijo de M. Emilio... Bajo sus auspicios, su mando, su fortuna, su dirección, entre Efeso, Samos y Chio, en presencia del mismo Antioco, de todo su ejército, de su caballería, de sus elefantes, el día once antes de las kalendas de Enero, la flota del rey Antioco quedó vencida, dispersada, abrumada, destruída: el mismo día y en el mismo lugar fueron capturadas trece naves largas con todos los aliados. Después de este combate, el rey Antioco y su reino... En memoria de este acontecimiento él (el general romano) votó este templo á los dioses lares del mar.» Igual inscripción colocaron sobre las puertas del templo de Júpiter en el Capitolio.

Durante los dos días que emplearon los censores en redactar la lista de los senadores, el cónsul Q. Fulvio, que había partido para la Liguria, atravesando con su ejército montañas, valles y desfiladeros casi impracticables, libró batalla al enemigo, alcanzó completa victoria, y en el mismo día se apoderó de su campamento. Tres mil doscientos ligurios y toda aquella parte de la

comarca se sometieron. El cónsul después de recibirla, mandó bajar á los vencidos á la llanura y colocó tropas en la montaña para guardar aquellas posiciones. La carta en que daba cuenta de estos sucesos llegó en breve á Roma, y el Senado decretó tres días de acciones de gracias. Durante la ceremonia, los pretores inmolaron á los dioses cuarenta víctimas mayores. El otro cónsul L. Manlio no se distinguió por ninguna hazaña en la Liguria. Tres mil galos transalpinos acababan de pasar á Italia; no habían cometido ninguna hostilidad, y pedían á los cónsules y al Senado tierras para vivir en paz bajo la independencia del pueblo romano. El Senado les mandó salir de Italia y encargó al cónsul Q. Fulvio buscar y castigar á los que les habían aconsejado cruzar los Alpes y les habían servido de jefes.

Aquel mismo año Filippo, rey de Macedonia, murió consumido por la edad y la tristeza que le dominaba desde la muerte de su hijo. Había ido á pasar el invierno en Demetriades devorado por tedio y remordimientos, aumentando sus pesares ver que su hijo Perseo, considerándose ya como rey y siéndolo á los ojos de todos, recibía los homenajes, mientras que su anciano padre estaba reducido al abandono más triste, entre gentes que esperaban con impaciencia su muerte y que ni siquiera se dignaban atenderle. Por esta razón eran cada vez más intensas sus angustias, compartíendolas solamente Antigono, hijo de Echecrates, sobrino de aquel Antigono que fué tutor de Filippo y que tan digno se mostró de la corona. Distinguióse también por la famosa batalla que ganó á Cleomano, rey de Lacedemonia; los griegos le han dado el nombre de el Tutor para distinguirlo de los demás príncipes del mismo nombre. Su sobrino Antigono era el único cortesano de Filippo, permaneciéndole fiel, y esta circunstancia le había atraído el odio de Perseo, que nunca le quiso bien. Pre-



sentía Antígono los peligros que correría si Perseo llegaba á ser rey, y así fué que cuando observó el cambio que se había verificado en Filipo y le vió llorar de tiempo en tiempo por la muerte de Demetrio, se mostró presuroso, bien para oír sus tristes confidencias, bien para despertar el recuerdo de una sentencia dictada con demasiada ligereza, uniendo muchas veces á las del rey sus propias lamentaciones; y como de ordinario deja la verdad más de un rastro que la hace descubrir, intentaba todos los medios oportunos para hacerla brillar prontamente. Sospechaba, como así era en efecto, que los principales agentes del crimen habían sido Apeles y Filocles, enviados en embajada á Roma, porque ellos fueron quienes trajeron, en nombre de Flaminio, aquella carta tan fatal á Demetrio.

En la corte se decía públicamente que aquella carta era falsa; que la había supuesto un escriba y que la había sellado con sello falso. Pero no se tenían aún más que sospechas, que la casualidad trocó muy pronto en certidumbre. Habiendo encontrado Antígono á Xyco, lo detuvo, llevó al palacio y después de dejarle en manos de los guardias, se presentó á Filipo, diciéndole: «Creo haber entendido por palabras tuyas que tendrías inmensa satisfacción en conocer por completo la verdad acerca de la conducta de tus hijos, y cuál de los dos atentó á la vida del otro. El único hombre que puede revelarla está en tu poder; es Xyco; le he encontrado por casualidad y le he traído á tu palacio: llámale.» Llevado á presencia del rey, todo lo negó, pero con tan poca energía, que era evidente conseguirían revelaciones aterrándole. En efecto; no pudo resistir la vista del verdugo y de los instrumentos de tortura, y dió detalles acerca de la repugnante trama de los legados y de la parte que había tomado en ella. El rey mandó en el acto que prendiesen á los dos culpables; Filocles, que

se encontraba en su casa, fué detenido; Apeles, enviado en persecución de un tal Querea, se apresuró á pasar á Italia en cuanto se enteró de la denuncia de Xyco. Nada terminante se sabe acerca de la suerte de Filocles: dicen unos que al principio lo negó todo descaradamente, pero cuando lo confrontaron con Xyco, renunció á sus negativas; otros aseguran que, hasta en medio de los tormentos, insistió en asegurar su inocencia. Este asunto avivó el dolor de Filipo, aumentando su amargura la consideración de que había perdido el hijo que más merecía su cariño.

Perseo supo en seguida que todo estaba descubierto; pero se creía bastante fuerte para verse obligado á huir; cuidando solamente de sustraerse por la ausencia al enojo de su padre y de evitar su venganza, mientras viviese Filipo. Desesperando el rey de apoderarse de él para castigarle, solamente pensó en impedir que gozase del fruto de su crimen, único recurso que le quedaba. Llamó á Antígono, que tenía derecho á su gratitud por haberle revelado el parricidio y á quien creía bastante recomendado por la reciente gloria de su tío Antígono, para que los macedonios no se avergonzasen ni arrepintiesen de verle en el trono, y le dijo: «Antígono, puesto que la fortuna me pone en el caso de considerar como beneficio una pérdida, ordinariamente tan cruel para todos los padres, he decidido dejarte el trono que tu tío me conservó con su valor y fidelidad y que me entregó en floreciente estado. Eres el único á quien considero digno de sucederme; y si no tuviese á nadie á quien dejarlo, preferiría que se perdiera y destruyese á que fuese el fruto para Perseo de su execrable delito. Creería que Demetrio había resucitado, que era devuelto á mi cariño, si en su lugar puedo legar la corona al amigo único que ha derramado lágrimas por la muerte de mi infortunado hijo y por mi deplorable error.» Des-



de aquella conversación le dispensó toda clase de consideraciones. Como Perseo se encontraba en la Tracia, recorrió las ciudades de la Macedonia y recomendó Antígono al cariño de los varones más importantes, y de vivir más tiempo, indudable es que le habría dejado en posesión del reino. Abandonando á Demetriades, detúvose bastante tiempo en Tesalónica, y desde allí marchó á Amfípolis, donde le atacó grave enfermedad. Era evidente, sin embargo, que estaba más enfermo de ánimo que de cuerpo, y que perseguido incesantemente por la ensangrentada sombra de su desgraciado hijo, murió de pena y de insomnio, invocando la venganza de los dioses sobre la cabeza del asesino. Antígono hubiera podido ser prevenido á tiempo, si no se hubiese propagado en seguida la noticia de la muerte. El médico Calígenes, que cuidaba al rey, no esperó á que exhalase el último suspiro; y en cuanto consideró desesperado su estado, cumpliendo lo convenido con Perseo, le envió mensajeros preparados de antemano, y hasta la llegada del príncipe ocultó la muerte de Filipo á todos los que estaban fuera del palacio.

Perseo se presentó, por consiguiente, de improviso, antes de que el secreto se hubiese divulgado, y se apoderó del trono, cuyo camino se había abierto con un crimen. La muerte de Filipo sobrevino muy á propósito para los romanos, haciendo que suspendiese sus preparativos y permitiéndoles reunir sus fuerzas. Pocos días después, los bastarnos, á quienes solicitaba Filipo desde mucho tiempo antes, abandonaron sus hogares, y reunidos en numeroso cuerpo de infantería y caballería, atravesaron el Danubio. Antígono y Cottón se adelantaron para anunciar al rey su llegada. Era éste un noble bastarno, y Antígono fué enviado con él, á pesar de su repugnancia, para sublevar á los bastarnos. Cerca de Amfípolis supieron, por rumores primero, y después

por mensajeros que vinieron á su encuentro, que Filipo había muerto; noticia que desconcertó su plan. Habíase convenido que el rey concedería libre paso á los bastarnos para la Tracia y les daría víveres. Para conseguir este objeto había ganado con regalos á los principales del país y les había prometido que los bastarnos no cometerían ningún acto hostil. Su propósito era exterminar á los dardanios y establecer á los bastarnos en su territorio; en lo que tenía doble ventaja; en primer lugar se libertaba de un pueblo que siempre había sido enemigo de los lacedemonios y que había procurado aprovechar en toda ocasión los reveses de sus reyes; y por otra parte, podría comprometer á los bastarnos para que dejasen á sus mujeres é hijos en Dardania y marchasen á devastar la Italia. «Por el país de los scordiscos llegarían al mar Adriático y á Italia; aquel era el único camino practicable para un ejército. Los scordiscos otorgarían fácilmente paso á los bastarnos, que casi tenían el mismo lenguaje y las mismas costumbres, y hasta se les reunirían voluntariamente cuando les vieran dirigirse al saqueo de rica comarca.» Filipo se procuraba probabilidades favorables para todo evento. Si los romanos aniquilaban á los bastarnos, siempre habría conseguido la ventaja de deshacerse de los dardanios, de enriquecerse con los despojos de los bastarnos y quedar tranquilo poseedor de la Dardania; si, por el contrario, triunfaban, aprovecharía el éxito de sus armas para recobrar en Grecia todo lo que había perdido. Tales eran los proyectos de Filipo.

Entraron, pues, pacíficamente los bastarnos en la Tracia y avanzaron bajo la fe de Antígono y Cottón. Pero en cuanto se conoció la muerte de Filipo, se mostraron los tracios exigentes en su comercio; los bastarnos, por su parte, no quedaron contentos de sus compras, y fué cosa difícil hacerles guardar las filas, é im-



pedir que se separasen. De esto nacieron recíprocas reconvenções, que diariamente aumentaron y ocasionaron al fin abierta ruptura. No pudiendo resistir los tracios el considerable número y pujanza del enemigo, abandonaron los pueblos de la llanura y se refugiaron en una montaña muy alta, llamada Donuca. Los baltarnos quisieron forzarles allí, pero cuando se acercaban á la cumbre, una tempestad parecida á la que, según decían, destruyó á los galos cerca del templo de Delfos, hizo fracasar su empresa. La lluvia cayó á torrentes, espesa granizada les azotó el rostro, deslumbrándoles los relámpagos, que no cesaban de brillar, acompañados de terribles truenos. Por todos lados se vieron amenazados por el rayo, que parecía adherido á sus cuerpos, y tanto jefes como soldados cayeron heridos de muerte. Lanzáronse, pues, huyendo entre rocas escarpadas, aturdidos, ciegos, perseguidos por los tracios y atribuyendo su derrota á los mismos dioses, creyendo que el cielo iba á caer sobre ellos. Dispersos por la tempestad, regresaron á su campamento, la mayor parte sin armas y como si acabasen de escapar de un naufragio. Allí deliberaron acerca del partido que debían tomar, dividiéndose las opiniones; unos querían retroceder, otros que se penetrase en Dardania. Cerca de treinta mil partieron bajo el mando de Cloudico y llegaron á aquella comarca; los demás repusieron el Dardanio y volvieron á sus hogares primitivos. En cuanto Perseo se apoderó del trono, mandó matar á Antígono, y con objeto de tener tiempo para afirmar su poder, envió una legación á Roma para que renovase la alianza ajustada con su padre y pedir al Senado que le concediese el título de rey. Estas cosas ocurrieron durante aquel año en Macedonia.

El cónsul Q. Fulvio triunfó de los ligurios, apareciendo demostrado que debió aquel honor más á la com-

placencia que á la importancia de sus hazañas. Hizo llevar delante de su carro considerable cantidad de armas cogidas al enemigo, pero no ostentó cantidad alguna de dinero, aunque distribuyó treinta ases á cada soldado, doble á los centuriones y triple á los caballeros. La circunstancia más notable de aquel triunfo, fué que se celebró el mismo día en que tuvo lugar el año anterior el de Fulvio, al dejar la pretura. Inmediatamente después de la ceremonia celebró los comicios, siendo creados cónsules M. Junio Bruto y A. Manlio Vulso. Los comicios pretorios, que se celebraron en seguida, quedaron interrumpidos por una tempestad después del nombramiento de tres pretores. Al día siguiente, que era el cuatro de los idus de Marzo, se nombraron los otros tres; fueron estos M. Tifino Curvo, Ti. Claudio Nerón y Pompeyo Capiton. Los ediles curules Cn. Servilio Capiton y Ap. Claudio Centhón renovaron los juegos romanos con motivo de los prodigios que habían sobrevenido. Había ocurrido un terremoto; en las plazas públicas donde se celebraba el lectisternio, los dioses colocados en los lechos sagrados habían movido la cabeza; los velos de lana que cubrían la estatua de Júpiter habían caído, y las ratas habían roído las aceitunas servidas en la mesa sagrada, creyéndose que, para conjurar aquellos prodigios, se debían renovar los juegos romanos.